

Rainy Day Women

Y

Conozco a una enfermera. A veces como con ella, pero al contrario de lo que podría suponerse, nunca hablamos de la muerte. Porque a pesar de ser enfermera, Y no estuvo presente en ninguna muerte, como no sea en la permanente e inevitable muerte de la belleza. Y trabaja en una clínica de cirugía estética. No sé si en rigor corresponde llamarla enfermera, es posible que la decadencia de la belleza sea una enfermedad, "En cuyo caso la mía es crónica", apunta Steady mientras nos sirve el aperitivo. En estos tiempos que más que correr, aprietan, estamos dominados cada vez más por ese canon, el de las medidas perfectas, las correctas facciones, bombardeados un día sí y otro también por las imágenes y los medios, sin que nadie accione las sirenas de alarma ni nos dirija a algún subterráneo refugio. De eso es de lo que hablamos casi siempre Y y yo, del creciente interés que últimamente tiene todo el mundo en mejorar su imagen, y coincidimos en que el no aceptar el propio cuerpo constituye una de las principales traiciones que una persona puede hacerse a sí misma. Del mismo modo que no admitir que la decadencia forma parte de la existencia es patalear como una cucaracha boca arriba contra el invencible devenir de las cosas y de los tiempos. "Como en casa del herrero cuchillo de palo, yo jamás me preocupé por ningún tipo de arreglo estético. Bastantes problemas tengo ya como para pensar en ponerme guapa. Eso es tan accesorio..." En verdad la economía de Y no anda nada boyante, su pasado anda señalado por el trauma que le produjo perder su primer amor de juventud; su futuro es boscoso y empinado. "Lo que sí me estiraría, si ello fuera posible, es el presente. Necesito un poco más de tiempo para atrapar mi futuro antes de que se haya ido con otra".

Interesante tema el de los liftings mentales. El tipo que los invente se hará de oro. Separada física y psíquicamente de un sujeto que consiguió que el juzgado le embargara las cuentas por abandono de hogar, ("también tenía yo que darme alguna vez ese gustazo, el de ser la que se marcha"), Y agradece no haber tenido hijos y reconoce que su único momento bueno, cuando acaba el

día, es sacar de debajo de la ropa doblada, la foto de aquél su primer amor juvenil y mirarla con romántico ademán. "Inténtalo de nuevo" -le digo- "Cada nuevo amor, si es verdadero, se acaba convirtiendo en el primero". Ella deniega con la cabeza, y a mí, que me ha salido un pareado tras haberlo miserablemente premeditado, me invade una sensación de vergüenza. ¿Quién soy yo para dar consejos? Su primer amor, su único amor, naturalmente, se fue con otra e Y nunca ha podido superar el golpe. "No es como cambiarse la línea de la nariz, ¿sabes? o ponerse colágeno en los labios... No existe la dolorsucción. Me casé, sí... porque algo tenía que hacer, pero mira..."

Por otro lado, tal vez por deformación profesional, Y anda de un lado para otro siempre con la sonrisa en los labios, aunque yo estoy en que es una sonrisa superpuesta que le ha robado al doctor del almacén de postizos. Y anda siempre con muchas prisas, algo chocante en alguien que camina hacia ninguna parte. Brönte no comprende que después de tantos años ella no haya podido olvidar a un hombre, cosa tan aburrida y monótona. "Puesta a recordar" - reflexiona mi camarera- "me produce más sensaciones la lista de los reyes godos". "Pero eran hombres", le digo. "Sí, seguramente aquellos eran hombres", dice mientras se lleva los platos con los restos de la comida y me mira con el mismo cariño que a las chupadas cabezas de las gambas. y a los huesos de las aceitunas. La lluvia exterior recapacita y va cediendo poco a poco y mientras J enciende su tercer cigarrillo y Brönte va a la barra por los postres, el trabajado sol que asoma tiene el color y la textura de un soufflé.